

EL CANECILLO DE GIULIANA

Giuliana llegó a San Esteban de la mano de Rodrigo Díaz de Vivar camino de su destierro en los albores de 1112 de la era hispánica (1081 de nuestro calendario). Era una de sus fieles amas de llaves, después de que el Campeador la rescatara de su secuestro en la batalla de Cabra, dos años antes. No pudo dejarla allí, porque esta esclava del rey Abdalá curó las heridas de su mejor soldado y esos ojos verdes como esmeraldas conquistaron para siempre el corazón herido de Diego. Un romance que cuajó en secreto desde el primer segundo, y que les hizo inseparables hasta la última Nochebuena, en que Diego murió de un mal de tripa.

Rodrigo no podía abandonar a esta mujer, hija de un turco y una italiana que habían huido de Sicilia tras la ocupación normanda y habían llegado hasta el sur de la Península buscando la libertad. No podía hacerlo por lealtad a Diego, su mejor hombre, en cuyo honor habían llamado a su propio hijo, y tampoco porque la situación de Giuliana, viuda de un soldado de las huestes cidianas que emprendían el destierro y embarazada de nueve meses, era delicada para permanecer en Burgos.

El objetivo de Sidi, como llamaba Giuliana a Rodrigo, era que ésta alumbrara a su hijo en tierras más cálidas y comenzara una nueva vida bajo su protección, pero la primera etapa del viaje había sido muy dura para ella. Los dolores en su espalda, la imposibilidad de andar con una barriga tan prominente y el hinchazón de sus piernas hacían que caminar fue imposible, y montar en Babiaca no mejoraba la situación, a pesar del trote sereno del caballo, que parecía entender que transportaba una delicada vida sobre su lomo. Cuando divisaban el castillo de San Esteban, Giuliana estaba exhausta y anunció al Cid su decisión: su viaje acabaría en esta tierra:

- *Sidi, no te apenes por mi, debes continuar tu viaje, no puedes permanecer más en Castilla o el rey te matará. Debes velar por todos, por tu tropa y por el futuro de este reino, no solo por mi. Te agradezco tu cuidado y tu lealtad a Diego, pero sé que él te diría lo mismo que yo. Este bebé y yo nos apañaremos, somos supervivientes, no olvides que somos la herencia del pueblo bizantino y tengo dos manos para poder trabajar y mantener al fruto de mis entrañas.*

- *Giuliana, vienes de un mundo que aún no existe, ¿crees que una mujer viuda y sola con un hijo va a poder sobrevivir en estas tierras duras y áridas? ¿Quién te va a proporcionar comida, cuidados?*
- *Yo misma, Rodrigo, he trabajado siempre, sé limpiar, preparar la tierra, cocinar los manjares de esa mezcla de culturas que he heredado de mis antepasados y no necesito a un hombre para que me traiga dinero o alimentos, para eso me bastan mis manos.*
- *Sé de tu valía, Giu, pero para estas gentes solo serás una mendiga, en el mejor de los casos, a la que darán algo de limosna. Queda mucho invierno y estas tierras son frías y húmedas, no creo que la calle sea el mejor lugar en tu estado.*
- *Sidi, he tomado esta decisión y sé que Diego me protegerá y cuidará desde allá arriba, no estoy sola, seguro que aquí hay buena gente dispuesta a ayudarme.*

Estaban debatiendo junto a las aguas del Duero, mientras los caballos bebían agua y el cortejo se reponía con algo de pan y queso de esta primera etapa, cuando un hombre distraído y pensativo se sentó junto a ellos con semblante preocupado. Dibujaba círculos con un palo de forma repetitiva y ante su presencia Rodrigo y Giuliana cesaron su conversación. El hombre solo se dio cuenta de la presencia de los forasteros cuando el Cid se puso en pie y carraspeó.

- *Disculpen si les he interrumpido-* pidió el hombre solitario, que se mostraba desaliñado y despeinado, como si el tormento o las preocupaciones hubieran creado un nido en su testa.
- *No se preocupe, no era nada importante-* explicó sonriente y serena Giuliana.
- *¡¡¿Qué no es importante?!!-* gritó Rodrigo- *¡¡¿Te parece insignificante que quieras quedarte aquí sola, con una nueva boca que alimentar, sin saber si superarás el parto y sin un hombre que tenga trabajo para que podáis comer las dos bocas?!! Creo que el embarazo te está nublando la razón.*
- *Te vuelvo a insistir que no necesito a ningún hombre. Me mantenía sola antes de conocer a Diego y lo puedo seguir haciendo ahora. Además he visto según viajábamos que en esta zona se están realizando muchas construcciones, yo aprendí de mi abuelo a tallar las piedras, mi padre me enseñó a pulir*

mosaicos y mi madre a mezclar colores, seguro que con todo ese legado algo podré hacer, algún trabajo podré encontrar.

- *Perdone la intromisión- interrumpió el hombre pensativo- ¿he escuchado que sabe tallar la piedra?*
- *Sí- declaró Giuliana- La piedra es como la vida, dura por fuera, pero con un buen cincel todos podemos hacernos dueños de ella. Veo estas montañas y pienso que la piedra de aquí debe ser muy sencilla de modelar.*
- *Eso creerá Usted, ¿señora?....*
- *Giuliana, Giuliana de Mehmet, perdón, Giuliana de Ubierna.*
- *Como le decía- continuó el hombre que se había acercado hasta ellos- he buscado en esta comarca quienes me ayuden a modelar la piedra, pero me resulta muy complicado. Aquí saben luchar, trabajar la tierra y son leales, pero prácticamente no han esculpido con sus manos. Permítame presentarme, soy Julianus, el encargado de las obras de la iglesia que habrán visto a su llegada. Si está buscando trabajo y su marido, (añadió señalando al Cid Campeador) se lo permite, estaría encantado de hacerle un hueco en mi humilde taller.*
- *Él no es mi marido- rió Giuliana –aunque deben pensar que soy de su propiedad. Yo me quedo, espero no defraudarle, señor Julianus. No necesito el permiso de nadie.*
- *No eres de mi propiedad, pero si te ocurriera algo nunca me lo perdonaría, es lo único que puedo hacer por Diego, no pude salvarle la vida como en una batalla, mi obligación es cuidar de los suyos, es lo menos que puedo hacer- protestó Rodrigo. Si hace falta estableceremos aquí el campamento hasta que nazca tu hijo y seguiremos viaje. Tú no puedes trabajar, no tienes ni un techo donde parir.*
- *He dicho que me quedo, mira Rodrigo sé que eres bueno en la contienda y en las negociaciones con los enemigos, pero aquí no estamos negociando. ¿Un techo dices? Si hay una iglesia allí podré dormir. ¿Tiene su iglesia tejado señor Julianus?*
- *Sí claro, pero si lo que necesita es una casa y realmente es tan buena como espero podría alojarse en casa de mi señor, es muy bondadoso.*
- *Pues hay acuerdo. Rodrigo puedes continuar tu camino, si algún día te dejan regresar a estas tierras, recuerda que aquí tienes a una hermana- concluyó*

Giuliana. *Ahora estoy cansada, ¿me indica dónde podría descansar, Julianus?*- dijo la mujer mientras a duras penas se ponía en pie y comenzaba a caminar hacia las casas del pueblo.

El Cid Campeador, que había luchado en cientos de batallas, que había conseguido evitar conflictos con su poder negociador, solo pudo quedarse callado mirando a Giuliana marchar, mientras gritaba su nombre. De nada le sirvió, ni una vez giró su rostro la mujer, que caminaba con paso decidido y solo paró para volverse y llamar a su nuevo jefe, preguntándole el camino. Asombrado también ante la decisión de la desconocida, Julianus comenzó a correr, tartamudeando, para mostrarle la ruta hacia su hogar.

.....

Dos días después de esta conversación, Giuliana dio a luz a un varón y le puso por nombre Diego, en honor a su padre. El muchacho nació fuerte y su rostro tenía la rudeza de su progenitor y los ojos de su madre que, encandiló a los vecinos de San Esteban.

A los siete días, Giuliana pidió acudir a la obra de una iglesia que a ella le parecía terminada, allí Julianus seguía contemplando la puerta de entrada mientras negaba con la cabeza. A primera vista, el templo era demasiado alto para una ermita, pero la mujer propuso una solución para embellecer la fachada: crear un conjunto de arcos que se colocaran justo delante para impedir que se observara tanta pared, así se engañaría al ojo, como había visto en un templo de Córdoba. Serían arcos más pequeños, como ventanas donde asomarse y sentarse a charlar. A Julianus la idea no le convencía, nunca se había hecho una iglesia así en ningún pueblo y ésta era su primera obra en solitario desde que muriera su padre, del que intentó aprender el oficio. Giuliana le arrebató el palo y sobre la tierra le dibujo siete arcos que, como una nueva dependencia, servirían de zona de acceso. La imagen encantó al maestro de obra, que mandó llamar a sus trabajadores para que comenzaran a repetir los arcos del interior, más grandes, en esta nueva creación.

Para embellecer cada una de las ventanas, Giuliana dibujó aquellos animales que le había narrado su padre que existían en las iglesias de su tierra, bellos pájaros con colas de colores que se abrían con lujo, frutos marrones por fuera y frescos por dentro, llenos de sabor y agua para las tardes de verano, una mujer con cola de pez

que seducía a los marineros del Mediterráneo y los atrapaba para siempre, puertas defensivas, soldados con lanzas, músicos como los que escuchaba en los patios cordobeses y vestidos como los que levaban los hombres de su pueblo, con caftanes de seda, turbantes que ocultaba sus rizos y las barbas que eran señal de poder, serpientes que libran y ganan las batallas y animales que muerden la mano del que les da de comer, que para ella representaba el mismísimo rey que había echado de su tierra a Rodrigo. Ojalá él pudiera ver que había sobrevivido y conocer al hijo que había alumbrado de Diego, su mejor amigo y compañero.

Julianus la miraba perplejo. La mente de aquella mujer era asombrosa, como si estuviera hechizada. Su imaginación le permitía ver cosas que sus ojos nunca habían contemplado. Pensaba que cuando llegara con aquellos dibujos a su cuadrilla lo tacharían de loco y quizás abandonarían la obra, pero aquellos hombres, que se habían quedado tras la llegada de los cristianos a este lado del Duero, no parecían sorprenderse por lo que les mostraba, como si fuera un recuerdo de su infancia, como si todo lo hubieran visto ya.

- *No entiendo nada, Giuliana-* confesó el maestro de obra- *estos hombres no sabían hacer un altar, pero ahora ven tus dibujos y no se sorprenden.*
- *Quizás porque nunca les preguntasteis qué sabían hacer. Pensaste que eran inferiores y ni te planteaste que en sus manos estaba tu solución-* aseguró la mujer -*Me pregunto si tenías esa actitud con tus trabajadores, qué te hizo abrirme las puertas de tu casa y tu trabajo, a mi que solo soy una mujer.*

Julianus guardó silencio y bajó la cabeza. *Solo mi madre confió en mi –aseguró acobardado –cuando yo era niño estuve enfermo y siempre fui muy débil para la lucha, por eso mi madre me animó a crear edificios. Cuando me fui de casa me hizo prometerle que nunca consideraría a las mujeres inferiores. Por eso cuando te vi, tan decidida, me recordaste a ella, el hecho de que te llamaras igual pensé que era una señal, como si mi madre me diera una orden y solo pudiera obedecer.* Giuliana sonrió y miró al maestro de obra como miraba a su pequeño en la cuna y no le dijo la sorpresa final que tenía para él.

Durante semanas, Giuliana ayudó a los operarios a definir los dibujos especialmente del pavo real y de los caftanes, que representaban mayor dificultad y en secreto, retirada en una de las ventanas donde los trabajadores,

para entretenerse, habían grabado un alquerque, daba forma a su regalo personal para el maestro de obra: un canecillo personalizado. Con el rostro que todavía conservaba en su retina de Diego, como homenaje al gran amor de su vida, esculpió un monje, sosteniendo un libro: ejemplo de sabiduría y libertad. En el libro escribió MAGISTER JULIANUS ME FECIT.

Cuando las obras estaban a punto de finalizar, el maestro de obra descubrió que los operarios no habían seguido sus indicaciones y, cogiendo una escalera, subió a observar el canecillo que se había colocado donde debía ir una escena de caza y que representaba a una figura humana. Cuál fue su sorpresa cuando leyó lo que estaba escrito y, admirado por la belleza de la obra, preguntó por el autor de ese trabajo. El silencio fue absoluto, solo Giuliana se atrevió a dar un paso al frente y decir que la propia obra decía quién era el autor. Julianus bajó de la escalera y, pidiendo a la mujer que lo acompañara, se sentaron sobre el alquerque y le preguntó el motivo de esa obra.

- *En cualquier caso debería poner Giuliana –manifestó el maestro- porque has sido tú la que ofreciste soluciones al edificio, la que has creado toda esta belleza decorativa*
- *El canecillo solo dice lo que es, que tu hiciste esta obra, todo este templo en solitario, dirigiendo a toda esta cuadrilla de trabajadores, artesanos y escultores y que también me hiciste a mi, sin tu ayuda yo no habría podido cumplir con el sueño de valerme por mi misma. A mi también me hiciste tú, me hiciste libre y capaz. Ahí solo pone que tú hiciste la obra, pero debes saber que significa mucho más, porque este templo siempre será la imagen de un equipo, el formado por personas de distintas religión, por hombres y mujeres que pudieron convivir juntos y aprender unos de otros. Y eso, Julianus, también lo hiciste tú.*